

①
3

SEÑOR GENERAL ALVRO OBRERON.

EXPEDIENTE NUMERO.....5.....

CUADERNO NUMERO.....3.....

SUBDIVISION.....

ASUNTO: *Artículos:*.....

*El desarme de las Naciones
(nov. 11 - 921)*

*La inconciencia de la hora
(dic - 3 - 921).*

Legacion

ESTADOS UNIDOS MEXICANOS



TELEGRAFOS NACIONALES



TELEGRAMA RECIBIDO EN MEXICO, D. F.

58/sf d 12. cop. hr.

Nro. 3 Náinari, Son., Via Cajeme, Son., 17 agosto de 1926.

Fernando Torreblanca.

Ruégote decirme fechas de discurso pronunciado por el General siendo Presidente República ante misiones especiales extranjeras en celebración Centenario nuestra Independencia y -
 que encuéntrase en página 70 libro Némesis. Fecha artículo *14 Sept. - 1921.* sobre desarme encuéntrase página ciento treinta y dos mismo libro *Nov. 11 - 921.* asi como fecha artículo titulado LA INCONCIENCIA DE LA *Dic. 3 / 1921.* HORA, hállase página 191 repetido libro Némesis. Cariñosamente.

Pase 3. Todo Telegrama debe llevar el Sello de la Oficina. E. Torreblanca.



SECRETARIA PARTICULAR

3
(ORIGINAL)

Exp 5.-ra. 3.

Telegrama. Artículos.

17 agosto 1926.

Enrique Torreblanca.

HAINARI, Son.

SP-II-651.- Tu mensaje. Discurso ante Misiones especiales extranje-
ras Centenario de de fecha catorce septiembre 921 punto Artículo --
sobre desarme, fecha once noviembre 921 y artículo La Inconciencia
de la Hora es fecha tres diciembre 921. Carifosamente.

F. Torreblanca.

FR/MDG.-

Not. 11-921.
Cont. del Sr. Presidente dado
a las publicaciones.

El Desarme de las Naciones, considerado en los pasados tiempos como un ideal únicamente, a cuyo servicio muchos -- grandes hombres pusieron sus esfuerzos, ha pasado en la actualidad a convertirse en una necesidad ingente e inaplazable, por constituir los actuales Ejércitos, el fardo más voluminoso y pesado que soporta sobre sus espaldas la Humanidad. El porcentaje de brazos que trabaja y que produce, está perdiendo fuerzas cada día, debilitando sus energías y agotando su paciencia, sin guardar proporción con el porcentaje -- de bocas que consume y que no desarrolla sus actividades sino para la destrucción, en todas sus formas. Bajo estas condiciones, se ha producido un desequilibrio tal, que de no -- conjurarse, nos llevará irremisiblemente a la catástrofe.

La última Guerra Mundial ha dado como único y costoso -- frute, el convencimiento de que el período de la fuerza bruta ha pasado; de que las grandes conquistas de la Humanidad -- están reservadas a la Moral y a la Ciencia, y de que es necesario volver a las actividades que entrañan estas dos grandes tendencias, el inmenso conjunto de energías mentales y -- físicas, absorbido actualmente por los Ejércitos. Por eso, -- no habrá un solo ser humano que no aplauda sin reserva la -- idea del Desarme, es decir: la reducción de los Ejércitos a -- un número indispensable para garantizar el orden y la tranquilidad interiores de sus respectivos Países.

Hay, sin embargo, con referencia al Desarme, tres puntos importantes que investigar:

Primero:- Si la exigencia material del Desarme se compadece con la etapa moral por la que atraviesa la Humanidad.

Segundo:- Si el camino que se ha tomado, a juzgar por lo-

###

poco que ha trascendido al dominio público, es el más --
corte para la realización de tan noble fin y,

Tercero:- Si los representantes de los Países invita-
dos a discutir sobre este tema, pospondrán los intereses -
de los países que representan a los intereses de la Huma-
nidad. *Por lo que respecta*

~~al primer punto~~ al primer punto, es indiscutible que al
suprimir la fuerza bruta, tendrá que darse a la moral su -
verdadero alcance y valor, aceptando sus dictados como fa-
llos para definir y respetar los derechos de todos y cada
uno de los hombres, así como los de todos y cada uno de--
los pueblos, derechos cuya definición nunca podrá preci--
sarse mientras no se concedan por igual a todos los hem--
bres, cualesquiera que sean su origen, su color, su len--
gua o su religión, y mientras no sean considerados, así -
mismo, iguales los derechos de todos los pueblos que inte-
gran la familia humana. Es necesario, pues, para que el -
Desarme al realizarse, no signifique un nuevo fracaso, --
que el nivel moral de la actual generación sea lo bastan-
te elevado para permitirle discernir y respetar los dere-
chos ajenos, limitando sus exigencias a los propios.

Con referencia al segundo punto, el hecho de que ne-
se haya invitado a un considerable número de naciones a -
tomar parte en conferencias tan trascendentales para la --
Humanidad entera, donde además del Desarme o limitación de
los armamentos se discutirán otros puntos que introducirán
verdaderas innovaciones en el Derecho Internacional, da ca-
bida a la presunción de que no existe, por parte de los --
congregados a discutir tan importantes asuntos, la inten--

###

ción de usar procedimientos persuasivos para que sus -- acuerdos sean aceptados por los Países que han quedado -- excluidos de ese Congreso, cuyo caso el anhelado De-- sarma se entorpecería, no pudiendo llevarse a cabo, an-- tes de imponer los acuerdos del citado Congreso a los -- Países que no quisieran someterse a ellos.

Sobre el tercer punto, y con el deseo más sincero -- de incurrir en un error, ^{ya} que tantos beneficios indicaría para la Humanidad, soy de opinión que los intereses de -- los Países allí representados ocuparán el primer término en el tapete de las discusiones.

Ahora, visto el problema bajo su aspecto filosófico e histórico, tendremos que dudar de que, aún conseguido -- el Desarme o limitación de los armamentos, se alcancen -- las finalidades morales deseadas, ya que no hemos de --- atribuir a las armas las desgracias que han tenido su -- origen en los malos instintos de los hombres, ~~ya que~~ Las armas han sido una necesidad de la *Guerra* y nunca la *Guerra* una necesidad de las armas. En todas las épocas, desde que la Humanidad ha podido compilar en la Historia su pasado, encontramos que para la *Guerra*, lo único -- que se necesita, son los hombres. Las armas se improvi-- san en el momento de la lucha, y si fuera dable suprimir todo aquello que el *Genio* de la *Destrucción* ha inventado durante los últimos siglos, veríamos a los hombres ta--- llar sus armas en piedra, y luchar entre sí, cuerpo a cuerpo, retornando a los tiempos primitivos. Por lo demás, -- si atribuimos los inauditos estragos de la Guerra a las -- armas modernas, tendríamos que tomar en cuenta y condenar

###

también los modernos sistemas de comunicación, que son factores decisivos en las luchas, facilitando a las naciones los medios de conducir rápidamente a través de las distancias, ejércitos formidables para llevar la Guerra, en muchos casos, a países menos fuertes, y tendríamos, en fin, que condenar mucho de lo bueno que la Civilización tiene, ~~atrilajada~~ ^{atrilajada} ingenuamente un mal -- que radica única y exclusivamente en la conciencia humana.

Si la Humanidad ha llegado a la dolorosa conclusión de que se ha descuidado en absoluto la parcela que debieron haber seguido el progreso material y el progreso moral, y que nos encontramos en una etapa de adelanto material e intelectual que no hace ~~proporcio~~ ^{Sino} proporcionar a nuestros instintos más y mayores medios de destrucción, quizás sea tiempo de que esta verdad, por amarga y dolorosa que sea, encuentre eco en la conciencia colectiva, y busquemos en la Moral y en la Ciencia, y únicamente en la Moral y en la Ciencia, el último refugio y el faro protector para dirigir, sobre nuevas rutas, las actividades humanas; confesando la magnitud de nuestros errores; reconociendo que todos los seres humanos, así como los pueblos, tienen los mismos derechos y los mismos deberes, y que los privilegios los crearon en su favor los primeros que dispusieron de la fuerza bruta, mutilando con ella los derechos de sus semejantes; y quizás, con esto, pudiéramos legar a las futuras generaciones un estado de cosas menos angustioso.

El Desarme de las Naciones, considerado en los pasados tiempos como un ideal únicamente, a cuyo servicio muchos grandes hombres pusieron sus esfuerzos, ha pasado en la actualidad a convertirse en una necesidad ingente e inaplazable, por constituir los actuales Ejércitos, el fardo más voluminoso y pesado que soporta sobre sus espaldas la Humanidad. El porcentaje de brazos que trabaja y que produce, está perdiendo fuerzas cada día, debilitando sus energías y agotando su paciencia, sin guardar proporción con el porcentaje de bocas que consume y que no desarrolla sus actividades sino para la destrucción, en todas sus formas. Bajo estas condiciones, se ha producido un desequilibrio tal, que de no conjurarse, nos llevará irremisiblemente a la catástrofe.

La última Guerra Mundial ha dado como único y costoso fruto, el convencimiento de que el período de la fuerza bruta ha pasado; de que las grandes conquistas de la Humanidad están reservadas a la Moral y a la Ciencia, y de que es necesario volver a las actividades que entrañan estas dos grandes tendencias, el inmenso conjunto de energías mentales y físicas, absorbido actualmente por los Ejércitos. Por eso, no habrá un solo ser humano que no aplauda sin reservas la idea del Desarme, es decir: la reducción de los Ejércitos a un número indispensable para garantizar el orden y la tranquilidad interiores de sus respectivos Países.

Hay, sin embargo, con referencia al Desarme, tres puntos importantes que investigar:

Primero:-Si la exigencia material del Desarme se compadece con la etapa moral por la que atraviesa la Humanidad.

Segundo:-Si el camino que se ha tomado, a juzgar por lo poco que ha trascendido al dominio público, es el más corto para la

9

realización de tan noble fin y.

Tercero:-Si los representantes de los Países invitados a discutir sobre este tema, pospondrán los intereses de los países que representan a los intereses de la Humanidad.

Por lo que respecta al primer punto, es indiscutible que al suprimir la fuerza bruta, tendrá que darse a la moral su verdadero alcance y valor, aceptando sus dictados como fallos para definir y respetar los derechos de todos y cada uno de los hombres, así como los de todos y cada uno de los pueblos, derechos cuya definición nunca podrá precisarse mientras no se concedan por igual a todos los hombres, cualesquiera que sean su origen, su color, su lengua o su religión, y mientras no sean considerados, asimismo, iguales los derechos de todos los pueblos que integran la familia humana. Es necesario, pues, para que el Desarme al realizarse, no signifique un nuevo fracaso, que el nivel moral de la actual generación sea lo bastante elevado para permitirle discernir y respetar los derechos ajenos, limitando sus exigencias a los propios.

Con referencia al segundo punto, el hecho de que no se haya invitado a un considerable número de naciones a tomar parte en conferencias tan trascendentales para la Humanidad entera, donde además del Desarme o limitación de los armamentos se discutirán otros puntos que introducirán verdaderas innovaciones en el Derecho Internacional, da cabida a la presunción de que no existe, por parte de los congregados a discutir tan importantes asuntos, la intención de usar procedimientos persuasivos para que sus acuerdos sean aceptados por los Países que han quedado excluidos de ese Congreso, en cuyo caso el anhelado Desarme se entorpecería, no pudiendo llevarse a cabo, antes de imponer los acuerdos del citado Congreso a los Países que no quisieran someterse a ellos.

Sobre el tercer punto, y con el deseo más sincero de incurrir en un error, ya que tantos beneficios indicaría para la Humanidad, soy de opinión que los intereses de los Países allí representados ocuparán el primer término en el tapete de las discusiones.

Ahora, visto el problema bajo su aspecto filosófico e histórico, tendremos que dudar de que, aun conseguido el Desarme o limitación de los armamentos, se alcancen las finalidades morales deseadas, ya que no hemos de atribuir a las armas las desgracias que han tenido su origen en los malos instintos de los hombres. Las armas han sido una necesidad de la guerra, y nunca la guerra una necesidad de las armas. En todas las épocas, desde que la Humanidad ha podido compilar en la Historia su pasado, encontramos que para la guerra, lo único que se necesita son los hombres. Las armas se improvisan en el momento de la lucha, y si fuera dable suprimir todo aquello que el Genio de la destrucción ha inventado durante los últimos siglos, veríamos a los hombres tallar sus armas en piedra, y luchar entre sí, cuerpo a cuerpo, retornando a los tiempos primitivos. Por lo demás, si atribuimos los inauditos estragos de la Guerra a las armas modernas, tendríamos que tomar en cuenta y condenar también los modernos sistemas de comunicación, que son factores decisivos en las luchas, facilitando a las naciones los medios de conducir rápidamente a través de las distancias, ejércitos formidables para llevar la Guerra, en muchos casos, a países menos fuertes, y tendríamos, en fin, que condenar mucho de lo bueno que la Civilización tiene, atribuyéndole ingenuamente un mal que radica única y exclusivamente en la conciencia humana.

Si la Humanidad ha llegado a la dolorosa conclusión de que

se ha descuidado en absoluto la paralela que debieron haber seguido el progreso material y el progreso moral, y que nos encontramos en una etapa de adelanto material e intelectual que no hace sino proporcionar a nuestros instintos más y mayores medios de destrucción, quizás sea tiempo de que esta verdad, por amarga y dolorosa que sea, encuentre eco en la conciencia colectiva, y busquemos en la Moral y en la Ciencia, y únicamente en la Moral y en la Ciencia, el último refugio y el faro protector para dirigir, sobre nuevas rutas, las actividades humanas; confesando la magnitud de nuestros errores; reconociendo que todos los seres humanos, así como los pueblos, tienen los mismos derechos y los mismos deberes, y que los privilegios los crearon en su favor los primeros que dispusieron de la fuerza bruta, mutilando con ella los derechos de sus semejantes; y quizás, con esto, pudiéramos legar a las futuras generaciones un estado de cosas menos angustioso.

México, noviembre 11 de 1921.

Alvaro OBREGON.

LA INCONCIENCIA DE LA HORA.

Un ambiente de inconciencia invade el espíritu de los hombres y de los pueblos.

El vértigo de la fuerza atrofia las facultades mentales de los hombres y los hace perder la ruta por la que habían logrado encauzar sus actividades y que habían trazado con la experiencia de muchos siglos.

Los intereses materiales han levantado sus más altas tribunas, y es el eco de sus dictados el que trata de imponer sus doctrinas.

A la última tragedia acudieron hombres de todas las latitudes de la tierra, de todos los idiomas y de todos los colores, quienes decían sumar su esfuerzo para conservar al mundo la libertad que intentaba arrancarle el militarismo de los países centrales, y así se realizó, en nombre de ideales abstractos, la inmolación de millones de seres humanos que, si bien es cierto que poseían distintos idiomas y tenían la tez de distinto color, en cambio, la sangre que todos ellos derramaron fue igualmente roja e igualmente trágico el sello que la muerte dejó en sus rostros.

En esa lucha, los sacrificios fueron proporcionales a la potencia combativa de cada uno de los países arrastrados a la contienda, y se suponía que los derechos conquistados serían para todos. Sin embargo, cuando la tragedia hubo terminado, cuando apenas se disipaba el humo de la pólvora, cuando todos se preparaban a recoger el fruto del más grande sacrificio ofrecido por la humanidad en holocausto a sus caprichos generosos, aparecieron los números sobre la carpeta de las discusiones, y el cálculo, frío y matemático, suplantó los ideales. Los más grandes estadistas de nuestra época no alcanzan a descubrir los medios de resolver el problema y desvanecer con la revolución el fantasma trágico que se perfila más allá de

nuestro presente y al que una ley fatal nos acerca cada día.

Las conferencias de Washington hicieron nacer una esperanza antes de que fueran conocidas las bases que se establecerían para la discusión; pero esta esperanza viene apagándose con la rapidez de un crepúsculo, dejando una sombra de desaliento y de dolor. La Humanidad toda parece no darse cuenta de lo trágico de la hora. Hombres y pueblos, casi con indiferencia, contemplan hundirse su última esperanza, sin interponer ningún esfuerzo para evitar el naufragio, porque todos obedecen a sentimientos mezquinos.

Es seguro que los enemigos de los Estados Unidos, cediendo a sus egoístas pasiones, se sienten halagados por el fracaso de las conferencias de Washington, porque creen que entrañan solamente un fracaso político para los Estados Unidos de Norteamérica. Quizá los enemigos del Japón se sientan halagados por el fracaso de las conferencias de Washington porque abrigan la esperanza de que un choque producido entre los Estados Unidos de Norteamérica y aquel país lejano pudiera determinar la supremacía del primero sobre éste. Quizá los enemigos de Francia se sientan halagados por el fracaso de las conferencias de Washington, con la esperanza de que una guerra entre el Japón y los Estados Unidos reste a Francia uno de sus aliados más formidables. Quizá, igualmente, los enemigos de Inglaterra se sientan halagados por el fracaso de las conferencias de Washington, porque sus intereses mezquinos encuentren en ello una conveniencia. Y así, cada pueblo cuyo interés inmediato y particular pueda obtener algún provecho de ese fracaso, hará votos indudablemente porque éste se realice; lo cual explica que sean muchos los críticos que suspiran el fracaso de las conferencias de Washington y que todavía no hayamos oído una sola voz que aconseje un remedio.

Es necesario que todos los pueblos y todos los hombres se den

cuenta de que el fracaso definitivo de las Conferencias del Desarme entraña el fracaso universal de muchas generaciones; que la chispa podrá encenderse entre dos países cualesquiera, pero que la conflagración tendrá que envolver y desolar al mundo. Que los que ahora se regocijan por la perspectiva de un fracaso que, según sus criterios, solamente restaría personalidad a los Estados Unidos de Norteamérica, tendrían que lamentar ~~mucho~~ su error demasiado tarde.

La hora exige que todos los hombres de buena fe aporten su contingente de luz para iluminar las conciencias oscurecidas y volver a los hombres y a los pueblos al punto de partida, al punto aquel donde se encontraban antes de extraviar su derrotero, para evitar que una nueva tragedia venga a ensombrecer, definitivamente, nuestro futuro y a superar en pesimismo aquella denominación que hicieron los primeros cristianos en llamar "Valle de lágrimas" a lo que tendrían que denominar los que sobrevivieran a la catástrofe: "Valle de sangre y de exterminio".

¡ Pensadores de todos los confines del mundo, exigid a vuestros cerebros el contingente máximo de luz y aportadle, noble y desinteresadamente en esta hora solemne que puede convertirse en trágica !

¡ Hijos, madres y esposas, juntad vuestros brazos y alzadlos al infinito, evocando los nombres de los apóstoles de todas las épocas y de todos los credos para que inspiren a los congresistas y sean retirados los números de la carpeta de las discusiones, substituyéndolos por los más puros ideales de amor y confraternidad, y declaren que el camino fué equivocado y que se acepta, de la manera más solemne, que los derechos de todos los pueblos y de todos los hombres son iguales, y que sobre esas nuevas bases se renovará la convocatoria a las Conferencias del Desarme :

Alvaro Obregón.

Diciembre 3 de 1921.

LA INCONCIENCIA DE LA HORA.

Un ambiente de inconciencia invade el espíritu de los hombres y de los pueblos.

El vértigo de la fuerza atrofia las facultades mentales de los hombres y los hace perder la ruta por la que habían logrado encusar sus actividades y que habían trazado con la experiencia de muchos siglos.

Los intereses materiales han levantado sus más altas tribunas, y es el eco de sus dictados el que trata de imponer sus doctrinas.

A la última tragedia acudieron hombres de todas las latitudes de la tierra, de todos los idiomas y de todos los colores, quienes decían sumar su esfuerzo para conservar al mundo la libertad que intentaba arrancarle el militarismo de los países centrales, y así se realizó, en nombre de ideales abstractos, la inmolación de millones de seres humanos que, si bien es cierto que poseían distintos idiomas y tenían la tez de distinto color, en cambio, la sangre que todos ellos derramaron fue igualmente roja e igualmente trágico el sello que la muerte dejó en sus rostros.

En esa lucha, los sacrificios fueron proporcionales a la potencialidad combativa de cada uno de los países arrastrados a la contienda, y se suponía que los derechos conquistados serían para todos. Sin embargo, cuando la tragedia hubo terminado, cuando apenas se disipaba el humo de la pólvora, cuando todos se preparaban a recoger el fruto del más grande sacrificio ofrecido por la humanidad en holocausto a sus empujones generosos, aparecieron los números sobre la carpeta de las discusiones, y el cálculo, frío y matemático, ahuyentó los ideales. Los más grandes estadistas de nuestra época se alzan a descubrir los medios de resolver el problema y desvanecer con su resolución el fantasma trágico que se perfila más allá de

nuestro presente y al que una ley fatal nos acerca cada día.

Las conferencias de Washington hicieron nacer una esperanza antes de que fueran conocidas las bases que se establecerían para la discusión; pero esta esperanza viene apagándose con la rapidez de un crepúsculo, dejando una sombra de desaliento y de dolor. La Humanidad toda parece no darse cuenta de lo trágico de la hora. Hombres y pueblos, casi con indiferencia, contemplan hundirse su última esperanza, sin interponer ningún esfuerzo para evitar el naufragio, porque todos obedecen a sentimientos mezquinos.

Es seguro que los enemigos de los Estados Unidos, cediendo a sus egoístas pasiones, se sienten halagados por el fracaso de las conferencias de Washington, porque creen que entrañan solamente un fracaso político para los Estados Unidos de Norteamérica. Quizá los enemigos del Japón se sientan halagados por el fracaso de las conferencias de Washington porque abrigan la esperanza de que un choque por fuerza entre los Estados Unidos de Norteamérica y aquel país lejano pudiera determinar la supremacía del primero sobre éste. Quizá los enemigos de Francia se sientan halagados por el fracaso de las conferencias de Washington, con la esperanza de que una guerra entre el Japón y los Estados Unidos reste a Francia uno de sus aliados más formidables. Quizá, igualmente, los enemigos de Inglaterra se sientan halagados por el fracaso de las conferencias de Washington, porque sus intereses mezquinos encuentren en ello una conveniencia. Y así, cada pueblo cuyo interés inmediato y particular pueda obtener algún provecho de ese fracaso, hará votos indudablemente porque éste se realice; lo cual explica que sean muchos los críticos que ayaian el fracaso de las conferencias de Washington y que todavía no hayamos oído una sola voz que aconseje un remedio.

Es necesario que todos los pueblos y todos los hombres se den

cuenta de que el fracaso definitivo de las Conferencias del Desarme entraña el fracaso universal de muchas generaciones; que la chispa podrá encenderse entre dos países cualesquiera, pero que la conflagración tendrá que envolver y desolar al mundo. Que los que ahora se regocijan por la perspectiva de un fracaso que, según sus criterios, solamente restaría personalidad a los Estados Unidos de Norteamérica, tendrían que lamentar su error demasiado tarde.

La hora exige que todos los hombres de buena fe aporten su contingente de luz para iluminar las conciencias oscurecidas y volver a los hombres y a los pueblos al punto de partida, al punto aquel donde se encontraban antes de extraviar su derrotero, para evitar que una nueva tragedia venga a ensombrecer, definitivamente, nuestro futuro y a superar en pesimismo aquella denominación que hicieron los primeros cristianos en llamar "Valle de lágrimas" a lo que tendrían que denominar los que sobreviviern a la catástrofe: "Valle de sangre y de exterminio".

¡ Pensadores de todos los confines del mundo, exigid a vuestros cuerpos el contingente máximo de luz y aportadlo, noble y desinteresadamente en esta hora solemne que puede convertirse en trágica !

¡ Hijos, madres y esposas, juntad vuestras manos y alzadlas al infinito, evocando los nombres de los apóstoles de todas las épocas y de todos los credos para que inspiren a los congresistas y sean retirados los nombres de la carpeta de las discusiones, substituyéndolos por los más puros ideales de amor y confraternidad, y declaron que el camino fué equivocado y que se acepta, de la manera más solemne, que los derechos de todos los pueblos y de todos los hombres son iguales, y que sobre esas mismas bases se renovará la convocatoria a las Conferencias del Desarme !

Alvaro Obregón.

Diciembre 3 de 1921.